

Señor, qué bueno eres y qué cariñoso.
Todavía me llevas de la mano a mí,
el más pequeño de todos tus hermanos
vuelto una y otra vez sobre mi corazón,
cansado y angustiado de verme
amenazado por la soledad de la muerte.
Juega conmigo un día al escondite
y descúbreme que eres Tu quien lleva
el peso de mi vida de niño,
y que a mi lado los pobres necesitan de mis hombros
para llevar la cruz gloriosa que carga sobre ellos.
No dejes de mirarme con misericordia.
Sólo tus ojos pueden hacerme olvidar mi corazón.
Bendito seas por siempre jamás.

Marcelino Legido López.